



Un encuentro con el mal

El ambiente de la casa se volvió extrañamente pesado cuando, sentados en la sala, el padre gritó a Lusa, su hija de quince años, que estaba embarazada:

–¡Pudiste hacerle daño al bebé!

Lusa, que había estado fumando hierbas tradicionales, reaccionó desafiante ante su padre.

Observando la escena se encontraba Adiv, un joven de Michigan que estaba allí trabajando en un hogar de niños. Había pasado por casa de Lusa para visitarla. Él y todos los demás que vivían en la casa de Lusa eran adventistas.

Lusa y su padre se fueron abruptamente a la habitación y la madre los siguió. Adiv, que se quedó en la sala, sintió que el ambiente se volvía cada vez más pesado. No comprendía qué estaba pasando, pero decidió que había llegado el momento de orar.

Mientras oraba, tras la puerta de la habitación se oyeron unas palabras muy altisonantes. Entonces salió la madre y le dijo:

–La niña está poseída. Tienes que orar.

Adiv oró con más fervor, pidiéndole a Dios sabiduría. Tomó su Biblia y se arrodilló ante la puerta cerrada del dormitorio.

–Señor, guíame en este proceso –imploró–. Perdona todos mis pecados. Asegúrate de que todos mis pecados desaparezcan.

Luego su oración se dirigió a la joven y a sus padres.

Se oyeron gritos detrás de la puerta.

El padre salió.

–¿Me llamaste? –dijo.

–No –respondió Adiv–. No te llamé.

–Bien, ¿quieres entrar?

Adiv no quería entrar en la habitación, pero dijo:

–Claro.

Dentro de la habitación, vio a Lusa tumbada de espaldas junto a una pared y gritando. El padre y la madre se acercaron a ella.

Adiv se arrodilló con su Biblia cerca de la puerta. Quería estar lo más cerca posible de la puerta por si necesitaba salir corriendo.

El padre y la madre empezaron a cantar la canción infantil “Cristo me ama”. Desde la puerta, Adiv se les unió. Mientras cantaban sobre el amor que Jesús siente por los niños, Lusa dejó de gritar. Entonces empezó a llorar.

–Papá, necesito tu ayuda –dijo.

Adiv vio que la angustia se reflejaba en el rostro del papá.

–No puedo ayudarte –le dijo el padre–. Tienes que invocar a Jesús.

Entonces Lusa lanzó un grito.

–Ya no es tu hija –dijo una voz grave a través de su boca.

Adiv miró la Biblia que tenía en la mano. No sabía qué hacer, pero estaba seguro de que la Palabra de Dios tiene poder. Abrió el libro de los Salmos y empezó a leer en voz alta. Un momento después, levantó la vista: la joven había dejado de gritar y se arrastraba por el suelo hacia él.

Adiv oró para tener fe y siguió leyendo. Cuando Lusa llegó hasta él, levantó una mano y tiró la Biblia al suelo.

–¡Odio este Libro! –gruñó–. ¡Odio este Libro!

Adiv recogió la Biblia y continuó leyendo los Salmos. Lusa le quitó la Biblia de la mano dos veces más. La lucha entre Cristo y Satanás duró otros noventa minutos. Adiv y los padres cantaron, oraron y leyeron la

Cápsula informativa

- A medida que los europeos colonizaron Norteamérica, fueron desplazando a los pueblos indígenas cada vez más hacia el oeste, enfrentando la resistencia con violencia y obligándolos a instalarse en reservas, a menudo en las zonas más inhóspitas del país y a cientos de kilómetros de sus tierras ancestrales.

Biblia hasta que la pesadez abandonó la casa. El espíritu maligno se había marchado.

A Adiv le costó permanecer arrodillado durante noventa minutos, pero cuando se levantó se sintió lleno de energía y renovado. En cambio, Lusa estaba agotada. Estaba débil y apenas podía hablar.

Adiv aprendió aquel día que el gran conflicto entre Dios y Satanás es real. “Porque no tenemos lucha contra sangre y carne; sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de este mundo de tinieblas, contra malos espíritus de los aires” (Efe. 6:12).

Lo que le pasó a Lusa no es un caso aislado entre los indígenas de Alaska e incluso entre algunos adventistas. Adiv, que trabaja en hogares para niños y en campamentos de verano adventistas, no ha conocido a ningún nativo de Alaska que no haya tenido un encuentro con espíritus o que no conozca a alguien que lo haya tenido. Adiv ora con todas sus fuerzas para que el evangelio eterno se proclame por toda Alaska.

“Quiero quedarme aquí el mayor tiempo posible –afirma–, porque hay una obra que es necesario hacer. La gente necesita conocer a Cristo”.

Aún hay una enorme tarea por hacer para proclamar el evangelio eterno en Alaska, donde hay más de 200 comunidades indígenas, pero la Iglesia Adventista solo está presente en 11 de ellas. Parte de la ofrenda del decimotercer sábado de este trimestre ayudará a compartir el amor de Jesús en Bethel, Alaska. Gracias por planificar una ofrenda generosa para el 28 de diciembre.

Esta historia misionera ilustra los siguientes componentes del plan estratégico “Yo iré” de la Iglesia Adventista mundial:

- *Objetivo de crecimiento espiritual n° 1:* “Revivir el concepto de misión mundial y sacrificio por la misión como un estilo de vida que no solo incluya a los pastores, sino también a todo miembro de iglesia en el gozo de ser testigos de Cristo y hacer discípulos”.

- *Objetivo de crecimiento espiritual n° 2:* “Fortalecer y diversificar el alcance adventista en las grandes ciudades [...], entre los grupos de personas no alcanzadas y poco alcanzadas”.

Obtenga más información sobre este plan estratégico en: iwillgo2020.org [en inglés] o iwillgo2020.org/es/ [en español].